LA MUJER DE LA MANO EN LA FRENTE

por Carmen Morales

autora de «CALENDULAS PARA NINES», «UN CHEQUEO MINUCIOSO» y «TRAS CUALQUIER PUERTA»

Pre: Los acontecimientos decisivos, los que marcan de manera indeleble el rumbo de una vida, suelen estar desencadenados por un hecho trivial. Y para aquella mujer, todo cambió en una rutinaria visita al Museo de Arqueología.

Durante los meses del riguroso invierno que padecemos en Castilla, lo peor son las corrientes de aire frío que me traspasan el costado como un cuchillo cada vez que abren la puerta. No obstante, este es de todos los lugares por los que he pasado, el mejor. Un privilegio que no sé cuanto durará, ya que el director puede ordenar en cualquier momento que me trasladen a un sitio más adecuado a mi categoría. Eso sería una catástrofe para mí porque desde aquí disfruto, aunque a distancia, de los cambios esplendorosos que se producen en el paisaje con el paso de las estaciones, lo que supone para mí, que me he criado en un paraje abierto a la naturaleza y he observado tantas veces la luz melancólica y declinante de los atardeceres otoñales, un consuelo inestimable. Cuando apunta la primavera puedo ver los primeros brotes de los viejos álamos del parterre y seguir su desarrollo hasta que las ramas se cubren con un despilfarro de hojas que arrojan su sombra reconfortante sobre los bancos donde se sientan los enamorados. Desde aquí también veo el banco donde Alfredo me besó por primera vez.

A veces, veo pasar alguna cara conocida, gente que no he visto desde hace varios años y me sorprenden los estragos que el tiempo ha producido sobre sus rostros.

El tiempo nos contiene, nos posee de un modo inexorable, y su esencia misma, su discurrir inmutable, lo convierten paradójicamente en caprichoso, lento o vertiginoso, pero siempre dominando las circunstancias que nos envuelven.

No, lo peor no son las corrientes, sino el insoportablemente lento transcurrir del tiempo. Algunos días me parecen interminables. Sobre todo los del verano, cuando todo el mundo se va de vacaciones. En realidad la mayoría de los que pasan por aquí lo hacen por inercia, para llenar de alguna manera el tedio abrumador que produce en sus habitantes esta pequeña capital de provincia. Entran aquí para pasar el rato, aunque quizá luego aprendan algo interesante si es que algo puede sacarlos de su apatía secular.

Yo sé los prolongado esfuerzos que ha costado al director recopilar la enorme documentación que ha conseguido reunir luchando contra la indiferencia provinciana. Es un buen tipo y le veo pasar todos los días puntualmente hacia su despacho, con su barbita roja y puntiaguda y los ojos extraordinariamente vivaces tras sus gafas redondas.

Cada vez que le veo pienso siempre lo mismo: «parece un ruso». Durante algún tiempo yo fui muy amiga de su mujer, una andaluza bajita y atractiva. Después, sus ideas feministas extremistas y primitivas hicieron que nuestras relaciones se

enfriaran. El otro día pasó con su marido delante de mí y, por los comentarios que pude oír comprendí, que sigue aferrada a las mismas posiciones dogmáticas. A pesar de que una de sus mejores cualidades era la cordialidad, ni siquiera me miró. No me sentí ofendida. Estoy acostumbrada a esta situación de pasar desapercibida, aunque al principio fue un tormento insufrible. Comprendí lo que iba a pasar durante los meses que pasé en la sala de restauración. Durante aquella etapa, que se me hizo muy larga, hubo momentos muy duros. Los pinchazos que sentía por todo el cuerpo y la depresión que me embargaba por entonces contribuyeron decisivamente a que no pudiera mantener alguna relación amistosa que hubiera sido un lenitivo para mi ánimo decaído por la angustiosa situación en que me encontraba. Después, cuando salí de allí y subí de categoría, me extrañó que nadie me dirigiera, a pesar de mi anómalo aspecto, una mirada compasiva. Es cierto que les produzco una morbosa curiosidad, pero su trato hacia mí no va más allá del que se prodiga a un objeto de cierto valor que no acaban de comprender del todo. De todos modos repito que, aunque lenta y dolorosamente, me voy acostumbrando a la fría deferencia que todo el mundo me dispensa, pero estoy agotando los recursos que me he visto obligada a poner en juego para que el tiempo transcurra más deprisa. Cada vez me resultan más largos los días. Ni siquiera descanso bien últimamente y las primeras luces del alba me sorprenden esperando con impaciencia que llegue el personal de servicio. Su charla intrascendente me entretiene.

He repasado infinidad de veces, intentando reconstruir los hechos más notables que han llevado a cabo durante su mandato, la lista de presidentes americanos y de Papas que he conocido desde que tengo uso de razón. Del primero que tuve noticias fue de Eisenhower, que visitó Madrid algún día de diciembre, y desde el taxi, que nos llevaba a la estación para pasar en casa las vacaciones de Navidad, vimos la Castellana llena de banderas españolas y norteamericanas. Luego le sucedieron Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter y el actor vaquero del tupé Reagan.

Recuerdo también cuando las montas alborotadas nos hicieron salir de las clases para llevarnos a la capilla a cantar un Te deum de acción de gracias cuando apareció el humo blanco que anunciaba a Juan XXIII.

He jugado a toda clase de pasatiempos mentales y trabalenguas que conozco hasta agotarlos: el cielo está entarabicuadriquinado, el entarabicuadriquinador que lo desentarabicuadriquine buen desentarabicuadriquinador será.

Me distraigo también repasando largas listas de palabras que empiezan por la misma letra, como en el «veo, veo», y después busco sus homónimos, sinónimos, derivados... Ustedes ya se imaginan todo lo que es preciso hacer para no enloquecer de tedio.

Con la mirada clavada en la puerta espero hora tras hora ver entrar por ella a marido o a cualquier otro miembro de mi familia. Pensar en ellos, en la imposibilidad de entrar otra vez en círculo de sus afectos, es el mayor sufrimiento a que me he visto sometida durante estos años. Estoy segura de que también para ellos ha sido muy dura esta experiencia y no tengo ningún motivo para reprocharles su prolongada ausencia.

Cuando por fin vi llegar a mi marido empecé a temblar como una hoja sacudida por el viento de otoño, pero no creo que nadie lo notara. ¡Qué ahogo sentí en la garganta! El estaba muy guapo dentro de su traje de lana con chaleco, de esos que tanto añoraba cuando nuestra situación económica no le permitía comprárselos. Traía con él a dos niños, el mayor y el pequeño. Rodrigo ha dado el estirón de la pubertad y sobre su labio superior ha aparecido un ligero bozo. Será un chico muy

interesante de mayor, aunque su personalidad demasiado individualista le creará problemas. Rostand, el pequeño está muy pálido. ¡Dios mío! ¿Habrá vuelto a recaer con su problema de riñón? ¡Tanto tiempo anhelando este momento y ahora su presencia lejana me resulta insoportable! ¿Cómo es posible que puedan adoptar una actitud tan indiferente? ¿Acaso es irreversible esta situación? Si al menos esbozaran un gesto de acercamiento... El simple contacto de una mano afectuosa sobre mi hombro me hubiera hecho verter lágrimas de emocionado agradecimiento. Cuando se fueron me sentí aplastada por una desolación infinita.

Todos los día reconstruyo sus posibles movimientos para averiguar dónde se encuentran en esos momentos y me enloquece la desesperante impotencia que me reduce impidiéndome participar con ellos en esos episodios triviales, incluso aburridos, que componen la convivencia cotidiana. Me pregunto si dentro de los laberintos de mi mente habrá recursos suficientes para prolongar indefinidamente las ocupaciones puramente especulativas que me impiden enloquecer. Sin embargo, perder el sentido del tiempo y el espacio sería la solución perfecta para sobrellevar resignadamente mi situación.

Siempre me ha fascinado pensar que los acontecimientos decisivos que marcan el rumbo de las vidas están desencadenados la mayoría de las veces por un hecho, uno solo, trivial y azaroso. Una historia de amor que puede durar toda una vida, está a menudo determinada por una mirada especial, simplemente una mirada. Pero lo mío es más terrible. Un acto irreflexivo, totalmente inusual en mí, de cleptomanía fugaz, ha determinado todo mi futuro por llamarlo de alguna manera. ¿Cómo se me ocurrió coger aquel anillo de la vitrina, yo que jamás me he atrevido a practicar esos pequeños hurtos que son tan habituales en los grandes almacenes? Una vez cogí un bote de especias en un supermercado. Nadie me vio y se puede decir que la «operación» salió bien, pero me puse tan nerviosa pensando que me iban a descubrir que nunca más me atreví a repetirlo. Hasta aquel día fatídico que se me ocurrió entrar en el Museo para saludar a Ramiro, el director.

Faltaban pocos días para que el ministro de cultura viniera a inaugurar el museo provincial y Ramiro trabajaba a todo ritmo con un equipo de técnicos que se había desplazado desde Madrid para ayudarle a montarlo. La puerta estaba abierta y al pasar por allí y ver a Ramiro dando instrucciones para la colocación de una vasija, entré a ver qué aspecto tenía aquello. Ramiro estaba loco por la Arqueología y me explicó con delectación los pormenores del mosaico romano tardío que había descubierto en la última excavación realizada. Después me recomendó que subiera a las otras plantas donde había varios hallazgos arqueológicos notables.

Recorrí los tres pisos del museo despacio, completamente atrapada por la belleza de aquellos objetos milenarios, incluso rocé alguno con mis dedos, ya que los paneles expositores estaban todavía abiertos conteniendo muchas piezas sin clasificar. Una de las vitrinas estaba dedicada a objetos de adorno, entre ellos un torques y varios anillos de origen iberoromano encontrados en Almadenejos, un pueblo cercano. Uno de estos anillos atrajo poderosamente mi atención por la extraordinaria delicadeza de su diseño. Se trataba de una pieza de plata muy fina que tenía grabados unos extraños signos. Yo estaba sola en el piso y pensé rápidamente que, si el anillo desaparecía nadie podría acusarme, ya que por allí merodeaban durante esos días un montón de técnicos y trabajadores produciendo un gran desorden. No sería raro que desapareciera una pieza, incluso era posible que no la echasen de menos. Estas reflexiones fueron rapidísimas, casi simultáneas al gesto de mi mano apoderándose del anillo. Lo encajé en el dedo anular izquierdo y después me puse los guantes. Seguí mi recorrido intentando aparecer normal,

pero estaba bastante nerviosa. Incluso busqué una frase trivial para decírsela a Ramiro cuando pasar delante de él al dirigirme a la salida. Me dije a mí misma que era imposible que me descubrieran aunque más me hubiera valido que lo hicieran.

De pronto mientras bajaba por la escalera, noté que habían cesado los ruidos que los obreros hacían poco antes y que en todo el edificio reinaba un silencio opresor. Era más de la una y media cuando entré y seguramente había perdido la noción del tiempo.

Olvidándome del anillo bajé apresuradamente las escaleras. La gente que poco antes llenaba la planta baja había desaparecido y la enorme puerta metálica estaba cerrada. Me puse muy nerviosa. Era sábado y, por tanto, más que probable que nadie entrara allí hasta el lunes. El jardín que rodeaba al museo y la zona donde estaba enclavado, impedirían que se oyeran mis llamadas. Me precipité al piso de arriba, pensando en la solución salvadora del teléfono. El aparato estaba allí, pero metido en una caja y todavía sin instalar. Las ventanas estaban tan altas que resultaba imposible llegar hasta ellas.

Procuré calmarme para encontrar una solución.

Aunque era sábado, el ritmo apresurado de los trabajos para la inauguración hacía posible que alguien regresara por la tarde. Al menos Ramiro volvería. Estaba entusiasmado con su museo y varias veces desde mi piso yo había visto luz en su despacho hasta altas horas de la noche. Con la tensión del insólito embrollo en que estaba metida me había olvidado del anillo. Ahora era preciso restituirlo. Estaba muy ajustado, y cuando quise sacarlo del dedo no pude. Humedecí el dedo con saliva pero fue inútil. Busqué un cuarto de aseo. En esos casos el jabón es infalible. El anillo se resistió una y otra vez. Parecía estar soldado a mi dedo.¡Ni siquiera se movía! Manipulé mi dedo con los dientes hasta que me dolió. En esos momentos yo estaba ya angustiada y presa de una gran excitación. No podía quedarme con aquel anillo. ¡Era preciso devolverlo a sus sitio! Busqué con la mirada algo metálico. En un estante de la biblioteca encontré unas tijeras. Tras insistir un buen rato y dejarme el dedo lleno de heridas conseguí cortarlo. En el mismo momento un ruido enorme me sobresaltó. Probablemente un trueno, aunque el cielo estaba muy despejado. No sabía como deshacerme de él. Estaba muy deteriorado y colocarlo así en su sitio plantearía muchos interrogantes. Sentí tanta rabia por los problemas que aquel maldito anillo me había traído, que lo tiré al suelo y pataleé furiosa encima de él. Quedó irreconocible y me sentí más aliviada. Me senté en un sofá dispuesta a esperar dos o tres horas hasta que alguien viniera a rescatarme. No tuve tiempo de nada. Oí un estruendo espantoso y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando el techo del museo se derrumbó sobre mí.

*** * ***

Después entré en una región oscura y fría donde estuve una eternidad. Lo único que percibía era un penetrante olor a humedad, algo parecido al olor de la tierra mojada después de la lluvia y un silencio absoluto. No puede precisar el tiempo que pasé allí, ni comprendía porque seguía viva. No podía moverme y lo más extraño es que tampoco lo deseaba.

Después de mucho tiempo empecé a oír un ruido muy lejano que no pude identificar. Fue aproximándose hasta que estuvo casi encima de mí. Entonces supe que era una pala excavadora. Algo rozó mi pierna y me hizo daño. La luz me

deslumbró. Me colocaron con mucho cuidado en una cesta que depositaron en una sala donde había otros recipientes iguales. Me pareció extraño que no me trasladaran al hospital en una ambulancia y que nadie se preocupara de mí.

Yo había hablar de la catatonia. Algo así debía pasarme a mí, puesto que podía ver y oír pero mis músculos se negaban a moverse. Algo sumamente extraño estaba sucediendo. ¿Por qué no me trasladaban ya al hospital? Obviamente, aunque había gente con bata blanca, aquello no se parecía en nada al sitio donde debía estar una persona que ha sufrido un accidente. Por fin vino Ramiro, me tocó suavemente en los hombros mientras su expresión reflejaba una expectante curiosidad, pero no me dirigió la palabra. Desde entonces nadie ha intentado comunicarse conmigo.

Me preguntaba angustiada, sin conseguir justificarlos, por qué no venían a verme mi marido y mis hijos. ¿Acaso estaba tan desfigurada como para inspirar espanto?

Un día me colocaron con cuidado sobre una mesa grande y dos hombres con bata blanca me estuvieron manipulando con instrumentos afilados.

Mi postura es realmente extraña, pero, sorprendentemente, no necesito moverme. Supongo que es la misma en que me sorprendió el derrumbamiento parcial del edificio sobre mi cabeza. La mano izquierda permanece apoyada sobre mi frente, pero no me impide la visión. La derecha se dirige extendida hacia adelante, como intentando asirse desesperadamente a algún objeto salvador. Noto los ojos y la boca quizás excesivamente abiertos, lo que seguramente da a mi rostro una expresión de trágica sorpresa.

Mientras los dos hombre ponían sobre uno de mis pómulos una masa pegajosa y fría, conversaban entre ellos. Lo que oí fue espantosamente revelador y me descubrió con aterradora precisión la infinita crueldad de mi destino. Para los expertos que han venido de la Dirección General de Bellas Artes, soy un enigma. Tengo la sensación de estar en el limbo. Un lugar de pesadilla, átono, inerte, donde floto y me hundo a merced de una ola interminable.

Lo único que me produce dolor, una herida lacerante que me oprime la garganta con una tenaza ardiente, es la falta total de afectos, la ausencia de mis seres queridos, la imposibilidad de hacerles saber que estoy aquí y los necesito.

¿Cómo explicar la horrible dicotomía que existe entre un cerebro vivo y un cuerpo muerto? Cruzo cada día los pavorosos abismos que separan la realidad de la ficción.

Desde que me han colocado en este pedestal, protegida del azar de un posible roce que me deteriore, sufro todos los tormentos del infierno.

Mi cuerpo petrificado anhela con ansiedad el contacto cálido de una mano afectuosa, una palabra de reconocimiento. Es una espera inútil. Lo sé. Sólo puede aspirar ya a que labios desconocidos repitan mi nombre generación tras generación: *La mujer de la mano en la frente*. Así es como figuraré para siempre en la Historia del Arte.